
HIC SVNT DRACONES

EL FIN DEL MUNDO YA OCURRIÓ

Pero nadie lo notificó oficialmente

Mariano Boiero

AGO · MMXXVI

El futuro llegó, hace rato. Todo un palo, ya lo ves. — Patricio Rey y sus Redonditos de Ricota

Mientras algunos siguen esperando el colapso como evento espectacular, otros ya lo están viviendo en silencio. No hubo meteorito, ni guerra total, ni apagón global. Lo que colapsó fue el relato. El mundo tal como lo conocíamos — con sus certezas, sus instituciones, sus promesas — ya no existe. Y sin embargo, seguimos operando como si sí.

LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL NO REEMPLAZA PERSONAS

La irrupción de la IA no solo automatiza tareas: desestabiliza el relato de lo que significa saber. Durante siglos, el conocimiento fue patrimonio de expertos, legitimado por credenciales, experiencia y autoridad. Saber era acumular, interpretar, transmitir. Hoy, un sistema puede sintetizar más rápido que un académico, redactar mejor que un comunicador, diagnosticar más certeramente que un consultor tradicional.

Pero lo inquietante no es la eficiencia. Es la deslegitimación simbólica. ¿Qué lugar ocupa el saber humano cuando ya no es exclusivo, ni escaso, ni lento? ¿Qué sentido tiene la experticia cuando la inteligencia se distribuye en redes, se entrena en modelos y se valida por su capacidad de respuesta?

La IA no compite con el saber humano: lo desestructura. Lo obliga a repensarse no como acumulación, sino como lectura. No como autoridad, sino como implicación. Porque lo que sigue siendo irremplazable no es la capacidad de procesar datos, sino la de metabolizar tensiones. De leer lo que no está dicho. De incomodar con sentido.

La inteligencia humana que importa no es la que responde rápido, sino la que habilita preguntas que no cierran. La que tensiona marcos, la que incomoda certezas, la que transforma relatos. Esa inteligencia no se mide en velocidad ni en volumen, sino en profundidad simbólica.

LAS INSTITUCIONES FUNCIONAN, PERO SIN ALMA

Durante mucho tiempo, las instituciones fueron el anclaje simbólico del orden: espacios donde se distribuía autoridad, se organizaba el saber y se legitimaban decisiones. Hoy, muchas operan como gestores de reputación, no como productores de sentido. La gobernanza se volvió protocolo, y la responsabilidad, branding.

La crisis no es solo de confianza: es de función. Las instituciones ya no median entre lo público y lo privado, entre lo técnico y lo simbólico. Se limitan a administrar tensiones sin metabolizarlas. En lugar de habilitar conflicto productivo, lo neutralizan. En lugar de asumir responsabilidad, la tercerizan en comités, consultoras o algoritmos.

La gobernanza se tecnificó. Se mide en KPIs, se audita en dashboards, se delega en estructuras que operan sin rostro. Pero cuando la responsabilidad se disuelve en procesos, lo que se pierde es la capacidad de responder. Y sin respuesta, no hay relato que sostenga legitimidad.

Las instituciones que sobreviven no son las que se adaptan, sino las que se resignifican. Las que dejan de administrar lo dado y se animan a rediseñar sus gramáticas. Porque gobernar no es gestionar: es decidir con sentido. Y eso implica incomodar, asumir tensiones, habilitar preguntas que no cierran en PowerPoint.

EL FUTURO PERDIÓ SU ÉPICA

Durante décadas, el futuro fue un horizonte: algo que se imaginaba, se deseaba, se proyectaba. Hoy, el futuro se gestiona. Se administra en roadmaps, se predice con algoritmos, se empaqueta en frameworks. Ya no se sueña: se simula. Y en esa simulación, lo que se pierde no es la capacidad de anticipar, sino la de significar.

La aceleración tecnológica convirtió al futuro en un protocolo operativo. Se mide en releases, se valida en métricas, se actualiza como software. Pero esa lógica de iteración infinita produce una paradoja: cuanto más rápido llega el futuro, menos tiempo tenemos para metabolizarlo. Se vive en modo preview permanente, sin pausa simbólica.

Las organizaciones no planifican futuros: los compran. Invierten en tendencias, tercerizan visión, adoptan vocabularios sin metabolizarlos. El futuro se volvió un commodity narrativo, y eso genera una inflación de relatos que prometen disrupción pero entregan placebo.

La pregunta ya no es "¿qué viene?", sino "¿qué sentido tiene lo que viene?". Porque si el futuro se reduce a un protocolo, lo que está en juego no es la innovación, sino la legitimidad.

LA IDENTIDAD SE VOLVIÓ EDITABLE

Hoy se premia al camaleón: quien adapta su relato, su estética, su tono. La identidad se volvió interfaz, y la coherencia parece un lujo narrativo. Pero hay una diferencia radical entre editar para encajar y editar para operar. Entre el personaje que performa y la persona que actúa.

La performance busca validación. La acción busca transformación. El personaje se acomoda al algoritmo. La persona incomoda al sistema. El personaje se exhibe. La persona metaboliza tensiones y las convierte en intervención.

Ser una persona completa no es aferrarse a una esencia fija, sino sostener una coherencia que se expresa en cómo se habita la complejidad. No se trata de ser siempre igual, sino de ser íntegro en la diferencia. De que cada edición sea una decisión, no una concesión.

EL LENGUAJE ESTÁ EN DISPUTA

Las palabras ya no son herramientas neutrales: son territorios en conflicto. Conceptos como liderazgo, propósito, comunidad, innovación o resiliencia están saturados de marketing, de coaching, de promesas vacías. Se usan para decorar discursos, no para habilitar sentido. Y en esa saturación, pierden potencia simbólica.

Lo que está en juego no es solo qué decimos, sino desde dónde lo decimos. El lenguaje organizacional se volvió campo de batalla: quien controla las palabras, controla el relato. Y quien controla el relato, controla la legitimidad.

Hoy, muchas organizaciones no gestionan personas: gestionan narrativas. Ajustan el vocabulario para evitar conflictos, suavizar tensiones, maquillar fracasos. Pero esa anestesia semántica tiene costo: se pierde la capacidad de nombrar lo real. Y sin lenguaje para lo incómodo, no hay transformación posible.

El desafío no es comunicar mejor. Es recuperar el lenguaje como herramienta de lectura, de conflicto, de creación. Porque si todo suena bien, nada se entiende. Y si todo se dice sin incomodar, nada cambia.

EL CRECIMIENTO ILIMITADO SE ESTRELLÓ CONTRA LA REALIDAD

Durante décadas, nos vendieron la épica del todo es posible. Que no hay techo, que el único límite es tu ambición. La narrativa del crecimiento sin fin se volvió mantra organizacional, educativo, incluso espiritual. Pero hay un problema: tenemos un solo planeta.

La promesa de expansión infinita se choca con límites ecológicos, energéticos y sociales que ya no pueden ignorarse. No es solo el cambio climático: es el colapso de la fantasía de que siempre se puede más. Más producción, más consumo, más impacto, más velocidad. El más como sinónimo de éxito está en crisis.

Hoy, el verdadero desafío no es escalar. Es metabolizar. No es crecer, sino sostener. No es conquistar nuevos mercados, sino resignificar lo que ya existe. La cultura del todo es posible se vuelve tóxica cuando niega lo finito, lo vulnerable, lo interdependiente.

El mundo anterior era un guion. Este es un ensayo abierto. No hay dramaturgo. No hay acto final. Solo tensiones que piden ser leídas, no gestionadas. El consultor que aún ofrece soluciones y salidas mágicas está fuera de época. El que habilita resignificaciones, recién está empezando.

Entro donde el mapa dice 'dragones'.